

AUTOBIOGRAFIA POETICA DE ALFONSO REYES

POR CONCHA MELENDEZ

1. Creo con Ventura Doreste⁽¹⁾ y lo creí siempre antes, que es ociosa la consideración de si es o no poeta Alfonso Reyes. En el volumen X de sus *Obras Completas* recogió sus poesías — libros y pliegos sueltos — bajo el título de *Constancia poética*. Previendo sin duda o enterado ya del tema, puso esta nota en la página siete: “*Constancia* significa a la vez, continuidad y documento probatorio”.

Dudo que después de haberse estudiado con atención la poesía de Alfonso Reyes, pueda situarse al margen de su obra de prosista. Aseguró Amado Alonso, que en ella se nos da lo mejor de su persona; el arte más íntimo, “el que se nos entrega a media voz; la expresión directa de su índole tensa y mesurada”⁽²⁾.

2. *Evocaciones de infancia y adolescencia*. Para la crítica que está volviendo a la persona después de la que insiste en el detallado escrutinio del poema, las evocaciones de infancia y adolescencia en la poesía de Alfonso Reyes han de ser riquísimo campo de exploración. Comprueban cómo la actividad imaginativa hace de las experiencias personales sustancia de poesía, penetrando su misterio, creando un mundo extraño o bello que en el poema encuentra permanencia.

Valor imprescindible en la poesía alfonsina tienen los poemas evocadores de la infancia, del niño y el mundo para él más dador de asombros que el mirado comúnmente por los niños. Riqueza de expe-

(1) Ventura Doreste, *La poesía de Alfonso Reyes*, Asomante, San Juan, Puerto Rico, 1960, Núm. 2, pág. 21.

(2) Amado Alonso, *Alonso Reyes*, Sur, Buenos Aires, agosto 1936, págs. 120-122.

riencias en el hogar donde nació y creció uno de los niños más sensibles e inteligentes nacidos en América.

El primero de estos poemas fue compuesto entre 1913 y 1920, una de las pocas imprecisiones que encontramos en la cronología que él mismo apuntó al pie de cada uno. El título, *El Grillo*, nos recuerda la importancia de esta criatura mínima en la novela corta *La casa del grillo*, una de las ficciones de más graciosa ironía y destreza artística de Alfonso Reyes. El poema *El grillo* está situado en Monterrey, en la casa de anchura de templo donde los corredores sostenidos por columnas, sirvieron tantas veces de mirador y escondite al niño para observar al caballista Indalecio o escuchar a Manuel José Othón leer sus sonetos. Los cuatro versos de la conclusión apuntan al sentido de todo el poema con la palabra final de cada uno: *infancia, lenta, cuenta, distancia*.

El cri-cri del grillo es acompañamiento de los recuerdos, hilo conductor de la memoria que aviva acercando las escenas desvaídas, envueltas por momentos en la extrañeza de los sueños.

La noche cerca la casa como marco de campos y lomas en sombra, de donde sube el canto de un viajero nocturno y las hogueras destellan sus señales. Adentro un grupo de niños juega en el suelo rodando sobre pieles de oso, apretándose unos con otros para atenuar el temor de estar solos.

El narrador de hoy no está seguro si la hermana contó una historia esa noche. La inseguridad de la memoria se sugiere en el verso "no se oye su voz por lejana". Ahora los rostros sonrientes de los dueños de la casa miran a sus niños vencidos por el sueño. Los durmientes no los ven, como no ven tampoco llenarse la sala de ángeles, mientras la casa es nave de paz anclada bajo las estrellas. El fondo sonoro es el mismo, porque el grillo también lo es y su cri-cri de hoy es lo único que se mantiene sin mudanza.

El epílogo hace de los grillos del Norte los narradores de la fábula de la niñez del poeta. Ellos le hacen llegar al punto de conflicto donde la literatura de memorias sitúa al que intenta el retorno imposible cantado por Enrique González Martínez:

*Los grillos del Norte que saben mi infancia
devanan de tarde, la fábula lenta...
cri-cri: ¡qué penosa cuenta!
cri-cri: ¡qué larga distancia!*

En Río de Janeiro, en 1932, la infancia reaparece en *Sol de Monterey*. El personaje único, el niño, corre ahora por la casa sumergida en el sol que abre en su alma una cisterna llenándola de sí mismo para viajar con él siempre. Si antes la casa fue nave de paz en la noche, ahora

*Los corredores tendían
arcos de luz por la casa.
En los árboles ardían
las ascuas de los naranjos
y la huerta en lumbre viva
se doraba.*

Asombro para el niño era otro niño de sol que él solo veía: “despeinado y dulce / claro y amarillo” siguiéndolo fiel aunque lo espantaran con la escoba. La enumeración de los objetos y lugares llameantes de sol, revela una de las fuentes de la claridad embelecadora de la obra de Alfonso Reyes:

*No cabe duda: de niño
a mí me seguía el sol.
Andaba detrás de mí
como perrito faldero;
despeinado y dulce
claro y amarillo
ese sol con sueño
que sigue a los niños.
(El fuego de mayo
me armó caballero
yo era el Niño Andante
y el sol, mi escudero).
Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.
Cada ventana era sol
cada cuarto una ventana.*

Del poema *Infancia*, escrito en Río de Janeiro en 1934 hice un comentario en mi ensayo *Retorno a Alfonso Reyes*. El niño ha crecido y nos cuenta su contacto con hombres duros de la Sierra del Norte: cazadores, jinetes, vaqueros, gendarmes rurales, improvisadores de corridas. Conoció entonces los quehaceres en las molindas, las fraguas y minas de Nuevo León, gobernado por su padre el General don Bernardo Reyes. La dureza ambiental de entonces fue saludable

contrapeso a través de sus afinadoras indagaciones sobre el arte griego, español, francés, universal, que le hacen detenerse y seguir para volver de nuevo a Góngora, Mallarmé, el Romancero, lo clásico y lo moderno, hasta sus días finales.

Del mismo año —1934— es el poema *Los caballos*. Entre ellos reluce la silueta inteligente de Lucero, desde que lo despertaba en su cama de niño, hasta que se paraba en la puerta de la escuela para llevarlo a su casa. La caballeriza de su padre le dejó en la memoria las imágenes de otros caballos; entre ellos aquél sobre el cual el padre “vino a morir - bajo las indecisas hoces de la metralla”.

Después de este poema de amargo final, el poeta nos abre la puerta de su mitología de infancia, para mostrarnos el espíritu surgente de un cubo de agua al sol, tembladora telaraña de luces.

En la mitología de los niños hay fantasmas y ruidos provocadores de miedo o misteriosos de prohibición, y dioses amigos u objetos risueños y consentidores que son “grata compañía”. Estos últimos, señoreados por el grillo, juglar incansable modulador de la misma historia, son los que ama más el niño Alfonso, en busca del árbol que canta y el pájaro que habla y la fuente multicolor que aspira a tocar el cielo.

Para esta mitología las horas más preciosas son las solitarias, cuando el niño “es más niño”, porque los mayores lo han dejado consigo mismo y no hay estorbos para lo poético.

Fue así como descubrió *La Vieja-Lira*, el reflejo lanzado por el agua desde el cubo humilde. La manecita del niño se hundía gozosa en el agua y la sensación de frescura se unía a la maravilla de hacer bailar el espectro sobre el muro.

En 1953 vuelve el poeta a sus revelaciones de infancia en los poemas *La huerta y el niño* y *El niño en el voladero*. En ellos encontramos nuevos testimonios de sensibilidad para el misterio y para el oculto ritmo que late detrás del mundo natural. Son los signos anunciadores del poeta que iba a ser el hombre por don divino de las Normas a quienes había de encomendarse en la creación de su vasta obra.

Mas el niño se vuelve adolescente. Y en el poema *San Ildefonso* se pregunta: “¿pero fui yo quien tanto amó y sufría?”.

San Ildefonso es la calle de la Escuela Preparatoria en México, con su claustro severo y su tallada sillería del coro. Por esa misma calle

pasé muchas veces cuando estudiaba en otro edificio conventual casi contiguo a la Preparatoria. Y me suena a recuerdo de melancólica hermosura este poema avivador de cosa que encantaron mis ojos mientras caminaba por San Ildefonso. El hombre que vuelve del ancho mundo lleno de experiencias, con anhelo de que lo lleven adonde cada día empieza una vida nueva, nos dice:

*Tal vez no fui dichoso, pues contemplo
con dudosa mirada
las cosas del recuerdo
las calles familiares,
los patios coloniales,
la luz que ríe desde las ventanas,
el cárdeno destello de la tarde
sobre la cresta de los monumentos.*

Es el año 1943. El poeta ha vuelto después de larga ausencia; encuentra lo que creía olvidado, la marchita flor de lo que cuando él era "el que quiere irse". Ahora confiesa:

*Volver es sollozar. No estoy arrepentido
del ancho mundo. No soy yo quien vuelvo,
sino mis pies esclavos.*

La segunda parte del poema recuerda la iniciación del adolescente en el mundo, llena de calladas congojas:

*¡Y las lecciones, y las matemáticas
y la filosofía natural
no daban la respuesta al niño Fausto
perdido entre el enjambre de la sangre!*

Del trance iniciador el poeta guarda para siempre "la hora solitaria, desengaño antes del engaño". Está en México, la ciudad fantástica que recobra ahora para no volver a alejarse de ella. No es feliz. Se resiste a detenerse invadido por los recuerdos. En un intermedio entre el ayer y el hoy, contempla la ciudad y nos va diciendo cómo la ven sus ojos sorprendiendo su dramática belleza:

*Quiebra el aire sus agujas
nubes que anuncian catástrofe
zurcen y rasgan el cielo,
donde hay un azul tan tímido
como un anhelo.*

*Besa un sol horizontal
las cúpulas de colores.
Son mástiles en tormenta;
las veletas y las cruces
que se ladean.
Los muros hundidos cargan
unos en otros su espalda;
instante del terremoto
tarde en que tanto he bogado
el corazón roto.*

El regreso, verdadera última crisis en su vida, es vergüenza de volver y haber vivido, amando todavía a pesar del sentimiento de la muerte viva en cada minuto. El consuelo llega en el canto de un pájaro que le asegura la inmortalidad de la tierna rosa que sigue adorando — la poesía; prometiéndole la región siempre nueva y fascinante a que lo lleva la noche; dándole un diseño para su vida: soñar, callar, en la gritería de lo externo; sostener los dones alcanzados, afirmarse en las hondas raíces de su ser para medir el universo:

— *Un pájaro cantó; la tierna rosa
es inmortal, es inmortal, gemía.
Fresca piedad de sombra iba cayendo,
grandeza de la noche mexicana
que arropa en vendas las febriles frentes.*

— *Un pájaro cantó: “La madre noche
ha de llevarte a otra región”, decía.
Sueña como los árboles inmóviles.
Calla en la gritería de las aves.
Sostén los nidos que te fueron dados
y mide el universo
desde la mano abierta de tus hondas raíces.*

El principio y el fin se enlazan en el mundo creado por estos poemas. Ellos nos dicen más de la persona de Alfonso Reyes y de las intimidades de su alma, que el comentario preciso de los hechos, porque no es la circunstancia lo que hace al poema, sino lo que el poeta hizo de ella. En Alfonso Reyes la existencia es sustancia de poesía, mas de tal modo transformada que ya no es la existencia temporal, sino una nueva región más verdadera y siempre presente donde seres y cosas nos muestran su índole secreta; su sombra o su fulgor.

3. *Una confidencia olvidada*. No podemos comentar en esta ocasión toda la parte de *Constancia poética* que Alfonso Reyes dedicó a *Confidencias*. Pero hay una de ellas que por su relación con nosotros, quiero incluir aquí. Un grupo de jóvenes poetas puertorriqueños: Ramón Zapata Acosta, Francisco Lluch Mora y Félix Franco Oppenheimer, publicaban semestralmente una revista que llamaban *Orfeo*. Quizás por el nombre, muy del gusto de Alfonso Reyes, acompañado siempre de los mitos griegos, y sin duda por el interés que tenían para él las empresas de los jóvenes, correspondió a la invitación que le hicieron los de Puerto Rico, enviando para publicación en su revista, un poema inédito.

Es una confidencia anunciada en el título: *De sí mismo*. No fue incluida en *Constancia poética* donde el mismo Alfonso Reyes ordenó y anotó sus poesías completas, ni aparece en los apéndices en donde enumera humorísticamente, los títulos de las poesías "castigadas" que dejó fuera del libro y añade algunas "perdonadas" no recogidas en la colección anterior: *Obra poética* (1952).

Me inclino a creer que *De sí mismo* fue omitida impensadamente. El título *De sí mismo* lo usaron con frecuencia los líricos griegos: Anacreonte, Alceo, Arquíloco, Alfeo. Son poemas cortos donde se alaba la sabiduría de la madurez, el no apetecer los tesoros de Gíges de opulencia mundana, o como en el poema de Anacreonte, la tristeza de haber perdido la gracia de la juventud; ver canas las sienes, y terminado "el dulcísimo tiempo de vivir". Casi todos se acercan al tono confidencial aunque su confidencia es muy diferente a la de Alfonso Reyes. Porque si los poetas griegos lamentan lo perdido y como Anacreonte, contemplan temerosos la vejez y la muerte, Alfonso Reyes al llegarle la edad que aquéllos sintieron enemiga, la ve colmada de espiritual deleite "hora de entender en almas de aromas". El entender le hace preferir y como al preferir renunciamos a lo que está fuera de la elección, el poeta con su invariable cortesía, pide perdón a lo que ya no prefiere.

El procedimiento es la reiteración en los primeros versos de cada estrofa, del tema de la confidencia: "hay otra esencia que prefiero". Mas la declaración está precedida de una petición de perdones al jazmín, al espliego, al Niño Ciego y a los sabios de quienes aprendió lo que ya sabía.

Ser alquimista en almas de aromas es dedicación que le dio la ciencia que usa el catador de vinos o el experto en manteles y libros.

¿Cuál es la esencia que hace al poeta excusarse ante el jazmín, el espliego y el Niño Ciego que antes irresistiblemente lo llamaba? La segunda estrofa explica la preferencia:

*Perdón, jazmín; perdón, espliego
y perdóname Niño Ciego;
pero hay otro amor que se labra
con el oro de la palabra,
donde se dan por gracia juntas
las respuestas y las preguntas.*

¡Labrar el amor con el oro de la palabra! Este arte de alcance misterioso empezó a labrar amor en lectores y lectoras de Alfonso Reyes muchos años antes de que llegar para él la hora “de entender en almas de aromas”. Pero al llegar la hora, el poeta recibió los mayores testimonios del amor labrado por su palabra, porque estuvo más consciente de su valor, pudiendo sentir la alta felicidad que en momentos de gracia iluminó su vida.

Su tarea de escoger y destilar los simples para su esencia, no es fácil. Pero no desiste: repite su petición de perdones añadiendo ahora otra: “Y que me perdonen los sabios”. En su compañía anduvo el poeta; lo que recogió de sus labios ya lo sabía. Esta certeza lo sostiene en su alquimia rara y no hay placer ni afición que le distraiga ahora del paciente, secreto afán. La preferida esencia va alargando hilos invisibles que vuelven a él en ondas silenciosas, movidas por el sentimiento que las encendió. El poema, cortesía suma, termina con un vuelco inesperado:

*Perdón, jazmín, perdón, espliego
que yo he destilado otros simples
para la esencia que prefiero.
Y ni un solo placer me rinde,
ni a una sola afición me debo.
¡Y mala hora para el triste
que ignore por donde navego!*

Son versos que maldicen y a la vez compadecen al que ignore por dónde navega ahora el poeta. “Navego”, nos dice, porque navegar para él fue descubrimiento; gozo de soledad, olvido de lo indeseable, todo propicio a la tenaz destilación de los simples que ocupó sus horas de retiro en la ausencia de pasadas aficiones y placeres.

Por este poema Alfonso Reyes tuvo un homenaje póstumo que le hubiera sido grato: la voz de nuestra poetisa Clara Lair diciéndome de memoria por teléfono la segunda estrofa; llamando mi atención al poema. La esencia preferida del poeta fue apreciada por la autora de *Arras de Cristal* y *Trópico amargo*, quien añadió sentido a los versos en su voz, como inesperado mensaje del amigo callado ahora para siempre.

¿Callado? Fue tanto lo que dijo, tanto lo que nos dejó escrito, que siempre lo encontraremos vivo en el cielo de las ideas. Flechador de ondas lo vi al estudiarlo por primera vez. Pero ahora quiero verlo siempre como él mismo describió el aire en el romance *Vaivén de Santa Teresa*, como lo ve Octavio Paz, sabedor de las horas de la poesía, quien tomó del mismo romance el título para un bello ensayo; quiero verlo jinete del aire, que no pasa sino está en la sombra cabalgando aún con espuelas relucientes:

*Pasa el jinete del aire
montado en su yegua fresca,
y no pasa, está en la sombra
repicando las espuelas.*